

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Vobis etiam merito accepta referimus, qui tam strenue religionis et justitiae partes tuendas suscepistis....

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

Deumque, cujus causam agitis, rogamus ut vos in proposito confirmet.—
Pío IX, al director y redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid: 12 rs. al mes.—En Provincias 20 rs. al mes y 60 por trimestre en casa de los comisionados, y 19 rs. al mes y 54 el trimestre en la administración.—En el Extranjero: 70 rs. trimestre.—En Ultramar: 90 reales trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la administración, calle de Pelayo, números 38 y 40, cuarto principal de la derecha.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—París: Agencia franco-española de D. C. A. Saavedra, 55, Rue Talbott.—Manila: D. Francisco Zudaire, Presbítero.

CARTA DE MONSEÑOR DUPANLOUP.

OBISPO DE ORLEANS,

A M. GRENIER, SOBRE EL MATERIALISMO.

Al recibir la investidura de doctor en medicina en la facultad de París M. Grenier, en Diciembre del año último leí un discurso en defensa del materialismo, sobre el cual habló en el Senado M. Chaix d'Est-Ange. El Obispo de Orleans, en una polémica sostenida con M. Duruy, ministro de Instrucción pública, se valió de este discurso para demostrar que las ideas materialistas eran defendidas públicamente y hasta mereciendo como recompensa y aprobación un título académico. M. Grenier escribió en 22 de Marzo a monseñor Dupanloup una carta en que confiesa sus ideas materialistas y revolucionarias, y le dice que espera morir con aquellas ideas que había profesado ya su padre, sin temer las calumnias ni las persecuciones.

El Obispo de Orleans le contestó con la siguiente carta:

«He recibido la carta que me habéis escrito y me alegro de que esta ocasión me permita deciros lo que siento con sinceridad mi corazón, porque la profunda tristeza que me inspiran vuestros errores no me impide amar en vos lo que tenéis de la desgracia de no ver vos mismo, una alma.

Me recordáis lo que he dicho de vuestra «falta de inteligencia en materias filosóficas». Parece que reconocéis esta falta de inteligencia que descubría muy patentemente la mas extraña confusión de ideas y de palabras en las primeras páginas de vuestra tesis, y forzoso es confesar que es un grande y lamentable vacío en la educación de un hombre. Sin embargo, este vacío es muy natural en un materialista, pues no creyendo mas que en las cosas del cuerpo, ¿cómo no habéis de ser extraño a las realidades del alma? Pero para todo mal hay un remedio, especialmente a vuestra edad.

Sois joven aun; ¿por qué no habéis de dedicar algunos de los años de vuestra ardiente juventud al estudio de esta noble parte del saber humano? De seguro que encontraréis en ella tantos atractivos y tan grandes maestros como en el estudio de los músculos, los nervios y la sangre.

Me decís que «vuestro padre era materialista y libre pensador, y que lo sois como él». ¿Cómo es que habéis tenido la inadvertencia de no ver la extraña contradicción que se encuentra en las palabras de que os valeis? Porque si el pensamiento no es mas que un producto de la materia, ¿cómo puede ser libre? Un materialista no puede ser libre pensador bajo ningún concepto, esto es evidente, y añado que tampoco puede ser gran pensador, porque tiene cerrado el campo más vasto del pensamiento humano. Un materialista no es ni será nunca más que un pensador encerrado en el más estrecho de los horizontes.

«Vuestro señor padre era materialista», pero no lo eran vuestros padres. No quisiera por cierto quitaros nada del justo respeto que debéis al autor de vuestros días, pero ¿cómo vuestros antepasados han sido durante tantos siglos ignorantes o imbeciles y no merecen respeto alguno porque creían en su alma, y no habían hecho ese flamante descubrimiento de que no somos más que moléculas agregadas y movidas por fuerzas ciegas y fatales, y nada más?

Habéis de esa creencia en el alma como de un «pasado que se desmorona». Ha sido ya muy largo y muy ilustre ese pasado, pues que comprende todas las épocas, todos los géneros y todas las civilizaciones de la humanidad. No, si la creencia en el alma es lo pasado, lo es también lo presente, y a pesar de las doctrinas de la facultad de medicina de París, será también lo porvenir. ¿No veis que ese «pasado que se desmorona» no es más, en vuestra mente, que una de esas palabras vacías de sentido con las que os extravían vuestros maestros, halagando vuestras ambiciones y haciéndolos creer que sois los hombres de lo presente? ¿Anadís que sois «revolucionario al mismo tiempo que materialista», y ¿dais por razón que los libres pensadores no saben ser inconsecuentes? Como la revolución política se ha hecho ya, en adelante sólo puede aludir a la revolución social. ¿Y os asombráis de que no se dejen sin correctivo semejantes tesis? Pero la sociedad se defiende, y nada más, y al defenderse está en su derecho. Así, pues, lo que a mí me asombra es que haya tenido la bondad de establecer y pagar profesores para enseñaros tales doctrinas, cuyas consecuencias lógicas son preparar agentes para la más odiosa de las revoluciones, si os fuera posible triunfar.

«Reproducción esta pregunta que he hecho en uno de mis escritos: ¿Quién de vosotros se sacrifica a los veinticinco años a vivir en una aldea, pobre, solitario, calumniado, en medio de los indigentes, los enfermos y los moribundos? Y contestáis: «El médico». No lo niego; pero añadís: «Me permitirán esta vida de mi elección los acontecimientos tan atropellados é imprevisibles de esta época? ¿No me llamarán a una vida más agitada? Pues bien, permitid que os diga que eso es una preocupación y una ambición que pueden alimentar hasta en las aldeas esos jóvenes a quienes en París, gracias a una detestable instrucción, se convierte en materialistas y en revolucionarios, pero que no turban la tranquilidad de nuestros Sacerdotes del campo.

Os escribo esto, estad seguro de ello, sin amargura; mi indignación se dirige más alto y a otras personas; respecto de vos, así como tocante a esa pobre juventud francesa, educada como vos, en las escuelas del Estado, no puedo experimentar otro sentimiento que el de la compasión.

Me decís que he podido perjudicaros y que me seréis sacrificado. ¡Oh! bien sabéis que no es tal mi propósito, y tampoco ignorais que el ministro de Instrucción pública no suele complacerme. Pero al punto a que han llegado las discusiones públicas, y con doctrinas como las que vos defendéis, ¿puede sorprenderos que yo ataque de frente los hechos en vez de espaciarme en estas nebulosas palabras: libertad del pensamiento, emancipación de las masas, progreso de la ciencia, palabras de moda indignas en verdad de un joven sincero como vos?

Y luego, decidme, si creéis que os perjudico defendiendo vuestras doctrinas, ¿estáis seguros de que vos no causáis daño a nadie propagando las vuestras?

Pero veo que habéis con pasión de la vida y de la muerte de vuestro padre, y que nada decís de vuestra madre; ignora el motivo. Vuestro padre vivió pobre, y dió siempre pruebas de bondad y de abnegación, y terminó sus días a la cabecera de un enfermo. ¿Y esto os conmueve? ¿Por qué debe conmoveros si es que no hay alma, si obedecía a una fuerza ciega y fatal? Pero ¿cómo decís que diría a ese pobre enfermo: «tú sufres, has llevado

una vida penosa, tu muerte es cruel y nada tienes que esperar más allá de este mundo, pues que no hay Dios ni vida futura, ni cielo, ni nadie se ocupa de tus males; los gusanos se comerán tu carne como la de un perro: tales son las leyes de la materia?»

No, no quiero creer que así se expresase; vuestro padre no daría tan gran disgusto a un enfermo: valía mas, me complazco en creerlo, que sus doctrinas, y como otros muchos hombres de Francia, poseía las virtudes de la fe, cuya existencia negaba.

Y vos también, no dais en lo sucesivo el nombre de *reacción* a la creencia en verdades que son de todos los tiempos, porque la verdad no envejece nunca; y al morir, en época en que yo ya no existí, no maldeciréis, al ver delante de vos la eternidad, la mano que os tiene en este momento para daros una bendición que no habéis podido recibir de vuestro padre y que no rehusaréis, no ya de un anciano, sino de un Obispo, y no digo de un amigo porque a pesar de que así no me creáis.—FELIX, Obispo de Orleans.»

LOS ESPAÑOLES EN ARGEL.

De una memoria del cónsul general de España en Argel publicada en la *Gaceta* de Madrid, tomamos las siguientes líneas interesantes para todos los españoles y muy especialmente para los que habitan las costas del Mediterráneo. Nada dice esta memoria del peligro gravísimo que los españoles corren en Argel de apostatar de la religión de sus padres por las gestiones de protestantes que explotan la miseria y la falta de Clero español en aquella colonia. Y sin embargo este peligro existe como lo demuestran las gestiones del venerable Arzobispo de Argel cerca del gobierno español, de que ya tienen noticia nuestros lectores.

Véase ahora lo que dice el representante de España en la colonia francesa:

«La población española en la Argelia asciende al número no indiferente de 58.510 individuos, esto es, 27.105 en la provincia de Argel; 27.524 en la de Orán, y 3.881 en la de Constantina, que es la menos frecuentada por los españoles, por ser la mas lejana de nuestras costas. En dichas tres provincias, que constituyen la colonia francesa, y que ocupan una superficie de 390.000 kilómetros cuadrados, existen 235.222 europeos, agrupados en 317 centros de población entre ciudades, pueblos y aldeas, situados en el litoral. En el citado número de europeos se comprende el de nuestros connacionales; el interior y resto de la Argelia se halla poblado por 2.552,672 musulmanes y 33.932 israelitas.

La población española es muy necesaria é importante en esta colonia; es precisamente la que mayor impulso da a la agricultura con el bien entendido cultivo de los campos; es la que se halla ocupada en gran parte en obras públicas y la que se esparce y acude a todos los puntos donde hay trabajo, sufriendo calores y mil privaciones y peligros en los puntos alejados de los citados centros de población; por último, es la que abastece estas poblaciones de legumbres y verduras frescas y la que las remite en gran cantidad a Marsella, desde donde se dirigen a París en casi todas las estaciones del año.

Los españoles que vinieron al principio de la ocupación francesa se hallan en gran número acomodados, y bastantes que llegaron sin mas medios que el jornal que ganaban, se encuentran en el día con una fortuna regular; entre ellos muchos son propietarios de buenas haciendas que obtuvieron en vía de concesión gratuita, y formaron luego pueblos que se componen exclusivamente de mahoneses. Entre dichos pueblos pueden citarse como modelos por su limpieza y perfección, Fort de L'Eau, Ais-Taya, Ragahia, Roniba etc.

Para cumplir con los deberes espirituales, tienen al clero francés que es, en honor de la verdad, muy celoso en el desempeño de sus funciones y está repartido en 81 parroquias y 21 vicarías para 97.028 europeos residentes y transeúntes en la provincia de Argel en su territorio civil, en donde se cuentan 122 centros de población; en 56 parroquias y 9 vicarías para 76.970 europeos que forman 95 centros de población en la provincia de Orán, y en 50 parroquias y 14 vicarías para 100 centros de población que ocupan 61.284 europeos en la provincia de Constantina. Con dichos antecedentes se comprende el bienestar de los españoles llegados aquí en tiempo que todo empezaba y que, además de las concesiones gratuitas de terrenos, había infinidad de obras en nuevas ciudades y pueblos, y por consiguiente, trabajo é industria para todo el que quería ocuparse.

Estas mismas circunstancias sirven aun hoy de atractivo a los muchos españoles que vienen buscando fortuna; pero los infelices ignoran la diferencia que hay de aquellos a estos tiempos, y bueno es demostrarla para que se desengañen.

1.º Las concesiones gratuitas de terrenos se hacían con obligación, al que la obtenía, de pagar una pequeña renta anual perpetua; construir una casa proporcionada a la concesión en el término de un año; en el de tres limpiar y poner en estado de cultivo todo el terreno y plantear al menos 25 árboles en cada hectárea; y como en cuanto se obtenía una concesión se encontraba dinero suficiente para poder cumplir dichas obligaciones, muy pronto los productos de la finca bastaban para pagar las deudas y quedar los propietarios sin molestia alguna con un porvenir halagüeño.

Esta perspectiva risueña y cierta para un agricultor laborioso ha concluido. Por decreto imperial de 31 de Diciembre de 1864 se dispuso que los terrenos de dominio del Estado en la Argelia se vendiesen en pública subasta, fijando el precio de ellos por avalúo según la posición, clase y mérito de los mismos, y mandando al mismo tiempo cesasen las concesiones gratuitas, que solo se harían mediante decreto especial imperial en casos extraordinarios; por consiguiente, no existiendo dichas concesiones gratuitas, se halla cerrada la puerta a los que, sin dinero, aspiran a poseer una propiedad para con su trabajo y constancia procurarse una vejez desahogada.

2.º Los brazos faltaban hace algunos años: todo europeo encontraba trabajo queriendo ocuparse, pues los musulmanes se alejaban y no aceptaban ocupación ni jornal de los europeos. Hoy sobran brazos: el árabe acepta el trabajo de desmonte y cualquier otro por un módico jornal, pues tiene pocas necesidades, y al europeo jornalero le falta donde ocuparse. En la marina, en el campo, en las obras y hasta en el ejército se emplean numerosos árabes é israelitas. Consecuencia de esto es que

el europeo recién llegado, con frecuencia, debe marchar y recorrer infinidad de leguas en busca de trabajo que muchas veces no encuentra, y enfermo y fatigado se ve obligado a regresar al puerto donde desembarcó, sumido en la miseria y rogando a los patrones para que le lleven de nuevo a Europa.

En todo el año 1862, tan solo al puerto de Argel han llegado 2,738 españoles, y han regresado a España 2,018; de modo que el aumento de españoles en esta ciudad ha sido de 720, y quizás otros tantos en Orán y demás puertos. Este año que muere de hambre infinidad de árabes en el interior de estas provincias, y que es tanta la miseria, es aun mas doloroso el ver llegar los españoles a centenares con mujeres é infinidad de criaturas, que sin duda han vendido cuanto tenían para pagar al patron el pasaje y manutención, y que a las 24 horas de su llegada se ven sin medios de subsistencia, sin esperanza de encontrar trabajo y muchos acudiendo al consulado pidiendo socorros y declarando que han venido engañados; pues en España se les había asegurado que en la colonia francesa ganarían 5 francos de jornal, y que a ese precio, encontrarían trabajo inmediatamente. Por último, cierto número de estos infelices tienen que recurrir a la sopa que se distribuye a los árabes miserables que recoge la policía por las calles y alrededores de la ciudad. Otros encuentran socorros entre los españoles aquí residentes, y a otros les proporciona este consulado general el medio de regresar a España, siendo muchos los que prefieren quedarse y afrontar la miseria, más bien que exponerse a la burla de sus paisanos, pues deberían volver a sus pueblos más miserables que salieron. Preciso es confesar que estos últimos forman un cuadro bien triste y acarrean mil disgustos, ocupando en su favor parte de la atención de los cónsules, a quienes acuden preocupados y mal aconsejados exigiendo socorros para permanecer aquí, y otras pretensiones análogas que el agente consular no puede otorgar sin faltar a las instrucciones y reglamentos que rigen.

Obras de caridad sería el procurar por todos los medios posibles que llegase a conocimiento de la población de nuestro litoral, muy particularmente en la provincia de Alicante, el estado crítico y miserable en que se encuentran los centenares de jornaleros españoles que acuden a esta colonia en busca de trabajo, y algunos de ellos con la esperanza de hacer fortuna, y que se desengañasen de una vez y comprendiesen que aquí ya no se improvisan fortunas ni hay concesiones gratuitas de terrenos, y por consiguiente, se necesita traer dinero para obtener propiedades ó emprender especulaciones de cualquier género que sean, que el riesgo de atravesar el Mediterráneo en pequeños faluchos y con mil privaciones y peligros da por sólo resultado encontrarse en país extranjero con mil dificultades para emplearse, sufriendo entre tanto las consecuencias desastrosas y naturales que ocasiona la falta de medios propios é independientes para subsistir; que aun dado caso, poco probable en el día, de encontrar a las 24 horas de su llegada ocupación en qué ganar para vivir, su posición en nada cambia, pues lo que obtienen en la Argelia lo pueden hallar en su patria, quizá con más facilidad.

Logrando que conociesen esta verdad, no prestarían oídos a los agentes que buscan crédulos para procurar pasajeros a ciertos patrones españoles que con buques de poquísima cabida traen infinidad de ellos, sacando un provecho mucho mayor que el que les proporcionaría el flete de un entero cargo; hecho bastante inmoral y escandaloso, pues se ven llegar faluchos de 20 toneladas con 70 y más pasajeros con mujeres y niños, todos embarcados como carneros, que al desembarcar se ven obligados a empeñar en el Monte de Piedad la poca ropa que traen.

LOS ARCHIVOS

DE LA MEDICINA ESPAÑOLA.

Revista publicada bajo la dirección de los doctores Letamendi y Casas.

Hemos leído en el *Diario de Barcelona* un artículo sobre dicha Revista, formado por el Sr. D. Gregorio Amado Llorca, y comprendiendo toda la importancia social que tiene la cuestión encerrada en la publicación de dichos archivos, vamos a decir algunas palabras sobre este asunto.

Después del cumplimiento de los deberes impuestos por nuestra santa Religión, no hay nada que tanto interese al hombre como la salud. Sin ella no se puede tener ninguna de esas dulces satisfacciones que el Creador en su suprema bondad nos ha concedido para alentarnos y hacernos más llevaderas las pruebas a que nos ha querido someter en este mundo; su pérdida en una esposa, un padre, un hijo, etc., es el más poderoso manantial de dolores y angustias para todo buen marido, todo buen hijo, etc. Y sin embargo, ¿no es una anomalía el ver a los hombres eminentes en las diversas ramas del saber humano, a profundos magistrados, hábiles ingenieros, artistas de gran celebridad, etc., demostrar una ignorancia vergonzosa cuando se trata de las leyes que rigen a su economía, de las causas que pueden alterar su salud, y de las bases generales sobre las cuales reposa el arte de restablecerla cuando está alterada?

Seguramente que sería un absurdo el pretender que cada particular se transformase en un médico; pero una cosa es el conocer bastante a fondo una ciencia ó un arte para hacer aplicaciones prácticas, y otra cosa muy diferente es el poseer las nociones generales sin las cuales el espíritu humano vaga descarriado, víctima a cada paso del primer intriga. De cada cien hombres que han estudiado las matemáticas, la física, la química, etc., apenas uno se ha dedicado a la profesión de matemático, de físico, etc., y sin embargo, cualquier hombre que ignore que tres y cuatro son siete, ó que el rayo no es una piedra, sino el choque de dos electricidades contrarias, etc., hará en la sociedad un papel harto ridículo.

Pues ¿qué pensar del hombre que pretende haber recibido una buena educación, y que cuando está enfermo acude desatentado tan pronto al curandero, tan pronto al sonámbulo, etc., etc.?

Creemos, pues, que el objeto que se han propuesto los directores de los *Archivos*, y que es el de generalizar y vulgarizar las bases de la medicina, poniendo a toda persona de mediano criterio en situación, si no de curarse a sí misma, lo que sería un absurdo, al menos de raciocinar de un modo sensato y de tener un punto de partida para la elección de facultativo, cuando está enfermo, es muy digno de aplauso.

Hasta ahora la realización de dicha idea había

encontrado un gravísimo escollo, y este era no solo los términos técnicos, incomprensibles para todo profano, sino el que en todas las obras médicas las materias están tratadas partiendo de la suposición de que el que las lee posee ya las nociones elementales de la medicina. Este escollo está salvado en los *Archivos*, pues no solo los términos técnicos son raros y en general, cuando sus autores los emplean, dan su explicación, sino que tratando las cuestiones médicas de un modo filosófico y desde sus primeros elementos, los ponen al alcance de todo el mundo. Como dice con razón el Sr. D. Gregorio Llorca en su notable artículo crítico: «Applaudimos, pues, la idea de los directores de los *Archivos de la medicina española*, de popularizar las ciencias médicas y ponerlas en cierto modo al alcance de todos; el círculo de sus lectores no quedará así limitado al escaso número de los iniciados en un tecnicismo árido y que sirve con frecuencia para ocultar las verdades más sencillas con un gongorismo científico, que podrá ser provechoso para la atrevida ignorancia, pero que es una nueva traba para la ciencia en la ancho y clara senda del progreso.»

Añadamos que arrojando valientemente las ineptas declamaciones de sabios de pacotilla, los directores de los *Archivos* parecen decididos a demostrar constantemente que todos los progresos científicos, lejos de contradecir a las verdades proclamadas por nuestra divina Religión, son su más patente y gloriosa confirmación, y creemos haber hecho el mejor elogio de esa publicación, concluyendo, como el Sr. D. Gregorio Llorca, con las palabras siguientes:

«Sean los Señs. Letamendi y Casas la empresa noble y laudable que han acometido, sin quitarles el afán del lucro é impulsados sólo por el mérito de «el deseo de combatir abusos, desarraigar preocupaciones añejas, y de colocar una piedra más en el majestuoso edificio de las ciencias médicas. Estén seguros de que se pondrán a su lado todos los profesores honrados, todos los que anteponen el sacerdocio al oficio, y si la charlatanería se «ofen le de sus ruidos alarques, deben felicitarse; su indignación les indicará que han dado en el blanco, y que no han sido infructuosos sus esfuerzos.»

Después de esto, nosotros no tenemos más que añadir.

PARTE OFICIAL DE LA GACETA.

MINISTERIO DE FOMENTO.

REAL ORDEN.

Instrucción pública.

Ilmo. Sr.: Con el fin de cortar los abusos que se vienen cometiendo relativamente a los períodos en que los alumnos solicitan ser examinados de prueba de curso y admitidos a los grados de bachiller, licenciado y doctor, sin sujetarse a los períodos ordinarios y extraordinarios que señalan los reglamentos: en la necesidad de evitar y poner urgente remedio a la práctica generalizada de pretender la admisión a la matrícula fuera también de los plazos legales, con daño de la enseñanza y disciplina académica; y sin perjuicio de introducir las modificaciones que se crean oportunas referentes a estos puntos en el reglamento de las Universidades del reino, y en el general que se forme para el régimen, gobierno y administración de la Instrucción pública en consonancia con la nueva legislación vigente; la Reina (Q. D. G.) se ha servido dictar las disposiciones siguientes:

1.º Los exámenes anuales los serán de cada uno de los años ó cursos en que se divide cada facultad ó carrera. Se exceptúan únicamente los cursantes que conforme a la legislación anterior se hayan matriculado en asignaturas sueltas, los cuales serán examinados en la forma observada hasta aquí.

2.º Los exámenes de cada año ó curso serán ordinarios y extraordinarios: los primeros se verificarán precisamente en el mes de Junio; los segundos desde que se abra la matrícula hasta que se cierre definitivamente. No se concederá ni se verificará ningún examen fuera de los dos períodos expresados. El examen ordinario durará cuando menos 10 minutos, debiendo versar sobre todas las materias estudiadas. El examen extraordinario durará 20 minutos, y además el mayor tiempo que el tribunal considere necesario para cerciorarse del aprovechamiento del examinando.

3.º Se prohíbe toda matrícula de un año ó curso sin que haya sido ganado el año ó curso precedente.

4.º Los grados de bachiller se recibirán precisamente antes de matricularse en los estudios de ampliación que son propios de la licenciatura. El grado de licenciado se recibirá necesariamente antes de la matrícula para los estudios del doctorado. El grado de doctor podrá recibirse en cualquiera tiempo, así como el de licenciado por los que no aspiren al doctorado.

5.º Para que los grados de bachiller y licenciado, puedan recibirse antes de que llegue el día en que se cierre la matrícula para los estudios a que los mismos deben preceder, los cursantes que se hallen adornados de los requisitos necesarios para aspirar a dichos grados, y pendientes únicamente del examen de curso ó año inmediato al grado, en los ocho días últimos del curso presentarán una exposición al decano de la respectiva Facultad, manifestando sus deseos de practicar los ejercicios y recibir desde luego el grado de bachiller ó licenciado que le corresponde, ó aplazándolo para el período en que se abra la matrícula. Los Decanos harán numerar las indicadas solicitudes, y teniendo presente su número formarán los tribunales, distribuirán los ejercicios y determinarán el tiempo que a los mismos haya de destinarse, después de concluidos los exámenes de prueba de curso; de modo que en el tiempo que para dichos grados y ejercicios se señale, y cuyo orden y día fijarán los mismos decanos por las fechas de la presentación de las solicitudes, reciban el grado todos los que lo hayan solicitado, y dentro de los períodos establecidos para los exámenes en la regla cuarta. Únicamente los que habiendo sufrido el examen de grado hayan quedado suspensos, podrán ser admitidos a la matrícula de curso ó año que deba seguir a dicho grado, con la protesta de recibirlo pasado el tiempo de la suspensión y dentro del término que se le señale al admitirle a la matrícula. Si fuese reprobado en el nuevo ejercicio, ó no se presentase al mismo dentro del término señalado, que por ninguna causa ni motivo podrá prorrogarse, la matrícula quedará nula y sin efecto. Los alumnos que hayan concluido los estudios de segunda enseñanza no serán admitidos a los de facultad ó profesionales, sin que previamente hayan recibido el grado de bachiller en Artes,

donde este se exija. En el caso de suspensión se observará lo establecido para las Facultades. Con objeto también de que puedan practicar oportunamente los ejercicios del grado, se harán iguales solicitudes a los Directores de los Institutos, y se observará cuanto se prescribe en la disposición anterior respecto a las Facultades.

6.º La matrícula de cada año ó curso se verificará previamente en los períodos comprendidos entre el 1.º y el 15 inclusive de Setiembre para los Institutos, y del 15 al 30 inclusive de Setiembre para las facultades y escuelas especiales.

7.º Trascurrido el término ordinario de matrícula, únicamente podrán concedérsela durante los 15 días siguientes, y mediante causa justificada, los rectores y directores de los respectivos establecimientos, y siempre con sujeción a examen extraordinario.

8.º Fuera del término ordinario y extraordinario de matrícula no se concederá la gracia de matricularse, cualquiera que sea la razón ó motivo que se alegue.

Las solicitudes que con este objeto se presenten quedarán sin curso.

9.º La matrícula debe ser personal, sin embargo, podrá otorgarse la matrícula que se solicite por medio de apoderado, siempre que se alegue y justifique causa que impida verificarla personalmente.

10. Los alumnos matriculados al tenor de las disposiciones 8.ª y 9.ª se tendrán como discípulos por los respectivos catedráticos desde el primer día del curso, anotándose las faltas ya voluntarias ó involuntarias que cometan, a los efectos que prescribe el art. 135 del reglamento. Con este objeto, y en los cinco días siguientes al de cerrarse la matrícula ordinaria, la secretaría general pasará lista numerada de los matriculados a los respectivos profesores, con expresión de la nota que el matriculado haya obtenido en el año precedente. Estas listas se añadirán con los matriculados del término extraordinario.

11. Las precedentes disposiciones se publicarán desde luego para que empuen a regir en los exámenes y grados que se confieren al terminar el presente curso; y todos los años se anunciarán en la forma acostumbrada, con un mes de anticipación al día en que se abra la matrícula, para su puntual cumplimiento.

De Real orden lo digo a V. I. para su inteligencia y efectos consiguientes. Dios guarde a V. I. muchos años. Madrid 14 de Abril de 1868.—Ororio. —Señor director general de Instrucción pública.

PARTE EXTRANJERA.

DESPACHOS TELEGRÁFICOS.

Brest, 16.

Ha llegado el vapor «Europa» con el correo de los Estados Unidos.

Florenia, 16.

Garibaldi ha salido de Caprera con dirección a Nápoles.

Cordova presentará dentro de poco su informe relativo al curso forzoso.

Berlin, 16.

El rey está indispueto de poca gravedad. El ministro de la Guerra de Darmstadt ha sido suprimido: la autoridad militar prusiana ha sido adoptada, habiendo tomado el príncipe Luis el mando del ejército.

Pesth, 16.

Ha sido preso un agente del ex-dictador Kossuth.

La situación de Portugal es grave. Los diarios de Lisboa, lejos de atenuar, agravan la significación de los sucesos ocurridos en aquella capital. En las provincias que baña el Miño, la oposición a la salida de granos, y en Lisboa la falta de trabajo, mantienen una agitación de carácter socialista que explota las pasiones políticas. El Gobierno, que tal vez se siente débil con las facultades que hoy tiene para hacer frente a estas dificultades, ha abierto las Cortes, y parece resuelto a pedir al Parlamento, al mismo tiempo que medidas para dar trabajo al pueblo, facultades extraordinarias contra todo intento revolucionario.

Los desórdenes de los días 12 y 13 fueron muy graves. Lo más significativo es que a una hora dada se vieron acudir a las principales calles de Lisboa grandes grupos de trabajadores, y otros que no lo eran, procedentes de los muchos pueblos que rodean la capital.

De estos grupos, unos se dirigieron al ministerio de lo Interior para exigir del presidente del Consejo, conde de Avila, que se les concediera inmediatamente trabajo; otros se esparcieron por las tiendas, los Bancos y casas de capitalistas, pidiendo, entre súplicas y amenazas, limosna, que en gran cantidad recogieron, amenazando en muchas partes con tomársela por su mano, lo cual fue motivo para que se cerrasen casi todas las tiendas en los puntos más céntricos de la ciudad. Por último, en la tarde y en la noche del 13, grupos de 100 y 200 hombres llegaron a desafiar las patrullas de la Guardia municipal, y hacer necesario el empleo de la fuerza. Nótese que a las once de la noche se dispararon algunos cohetes que parecían señal, y hasta se llegó a temer que apoderándose los grupos de las torres de algunos templos, se tocase a rebato, señal que era sin duda la convenida con los que dirigían el movimiento.

En vista de esta situación, el gobierno se decidió a obrar energicamente. Una parte de las tropas ocupó los puntos principales de Lisboa. Los principales agentes del centro avanzado fueron presos al ir a reunirse en casa del conde de Peniche, é igualmente fueron arrestados en el mismo ministerio de la Gobernación los siete comisionados que los grupos enviaron a tratar con el conde de Avila. Los presidía un Sr. Silva, empleado cesante, y los demás eran un carpintero, un sombrerero, un cantante, un jornalero y un cerrajero. Fue significativo también el hecho de encontrarse en los grupos muchos de los trabajadores del arsenal que pedían trabajo, cuando habían dejado de ir a aquel establecimiento que emplea centenares de hombres.

A continuación de estas líneas insertamos la parte principal del discurso pronunciado por monseñor Barchoe, en la ceremonia de colocar la primera piedra de la iglesia de Rambouillet, discurso del cual nos habló el telégrafo. Antes de él pronunció otro el ministro de Cultos contra los clericales, que ha sido del agrado de *La Epoca*.

Dijo Mr. Barchoe:

«Si, señores, el emperador quiere la paz, una paz honrosa y digna de una gran nación. Francia, confiada en su fuerza, está preparada a todas las eventualidades por el desarrollo de su organización militar; no busca la guerra, y tenemos la

convicción de que nadie piensa en declarársela: la paz de Europa no será turbada.

No creáis, pues, esos gritos de alarma, esas palabras de guerra que reproducen con cierta periodicidad el error o la malevolencia: entregados con seguridad a los trabajos de la agricultura y de la industria. Ceder sin temor a ese movimiento de resurrección y de actividad que se revela en todos los centros industriales y comerciales, y mirad con confianza el porvenir que se abre ante vosotros.

En una palabra, no hagáis caso de nuestros argumentos, no hagáis caso de los argumentos de las demás potencias, escuchad solo nuestras palabras por más que estas palabras sean antítesis perfecta de nuestros hechos.

El plan rentístico del Gobierno de Viena encuentra grande oposición entre el partido feudal y techeque de Bohemia, el cual organiza manifestaciones y mensajes contra el aumento de contribuciones.

El matrimonio del príncipe Humberto coincidirá con el del conde de Caserta y la hija del conde Trapani, el cual se efectuará en Roma. Francisco II distribuirá con este motivo varias condecoraciones.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID, 18 DE ABRIL DE 1868.

LAS ANTIGUAS CORTES.

Con motivo de haber dicho el señor Nocedal en su discurso sobre los presupuestos generales del Estado, que «fiel a las constantes tradiciones» de nuestra patria amadísima, fiel a las costumbres de las antiguas Cortes, tomaba parte en la discusión, como se hacía «en aquellos tiempos en que se tenía tan profundo respeto a la autoridad, pero en que a la vez había gran libertad de conciencia y grande independencia» de espíritu y grande amor a la patria; la *Revista de España*, publicación quincenal, la mas importante a no dudarlo de cuantas corren hoy a cargo del liberalismo, pregunta, entre atónita y compasiva: ¿Pero cuáles serán los tiempos a que el Sr. Nocedal se refiere?

Recordando, añade la *Revista* contestándose a sí propia, recorriendo el campo de la historia patria, no encontramos esa Arcadia política en que el Sr. Nocedal tiene cifrado el bello ideal de su pensamiento.

Y amplificando el suyo la *Revista*, se expresa en estos términos, que no tenemos inconveniente en trasladar a nuestro periódico, sin quitar una tilde:

«Sea cualquiera la opinión que sustente el señor Nocedal en el debatido problema de si en los Concilios de Toledo hay que buscar o no el primitivo origen de las Cortes españolas, es lo cierto que no le enamoran ni presentará como ejemplo aquellos días en que la monarquía electiva llevaba en sus entrañas el germen de desórdenes que le son propios, y que daba por natural consecuencia constantes asonadas, repetidas rebeliones y no pocos asesinatos. No sabemos si se estaba su inteligencia ante el espectáculo de las revueltas de Sahagún, de Compostela y otras; revueltas y turbaciones que se llevan a efecto bajo el grito de libertad en los siglos X, XI y XII al celebrarse los concilios de Oviedo, Leon, Palencia, Astorga, Compostela, Burgos y Zamora. ¿Será por ventura en la conducta de los nobles en tiempo de Alonso VIII donde hay que buscar ejemplos de respeto al principio de autoridad y a la militar disciplina?»

Imposible es averiguar hasta qué época conserva el Sr. Nocedal su admiración por las antiguas Cortes castellanas, pues desde las que se verificaron en Valladolid en tiempo de D. Juan II, en que solo concurrían doce procuradores, viene ya aminorándose muy de prisa el derecho de representación; de cualquier modo, antes y después de esta época son tales los sucesos que en contra de la opinión del Sr. Nocedal presenta la historia, que no creemos haya para qué detenerse mucho en la refutación de sus equivocadas aseveraciones.

Le encanta al Sr. Nocedal el espectáculo que presentan los nobles y el alto Clero al subir al solio de Castilla la reina Isabel I. Y los bravos caballeros aragoneses y catalanes del tiempo de Felipe II, que concurrían hoy en alguna de las penas que señalaban la ordenanza y las leyes de orden público? ¿No pueden compararse las rebeliones democráticas de ahora con las guerras de las Germanías, de Valencia y Mallorca? ¿En qué se diferencian los pronunciamientos modernos de la excursión de D. Juan de Austria, cuando saliendo de Barcelona al frente de tres compañías de caballos llegó a Torrejón de Ardoz en Febrero de 1669, acampando allí con sus fuerzas é intimidando la caída del jesuita Nithard?

No es ciertamente por la forma respetuosa por lo que merece alabanza la contestación que dió al Nuncio de Su Santidad al exhortarle a nombre del Papa para que se sometiera al Gobierno de la Reina: «Si el P. Nithard, dijo, no sale por la puerta, irá a hacerse salir por la ventana.»

Si de estos y otros muchos ejemplos que podíamos presentar de respeto a la autoridad, pasamos a lo de gran libertad de conciencia y grande independencia de espíritu, a poco trabajo nos saldrán al encuentro sucesos y apreciaciones curiosísimas.

Dice el P. Mariana quejándose del estado a que habían llegado las instituciones patrias: «Por qué se cree que han sido excluidos de nuestras Cortes los nobles y los Obispos sino para que tanto los negocios públicos como los de particulares se encomiendan a satisfacer el capricho del rey y la codicia de unos pocos hombres? ¿No se queja ya a cada paso el pueblo de que se corrompe con dádivas y esperanzas a los procuradores de las ciudades, únicos que han sobrevivido al naufragio, principalmente desde que no son elegidos por votación, sino designados por el capricho de la suerte, nueva depravación de nuestras instituciones, que prueba el estado violento de nuestra república y lamentan hasta los hombres más cautos, a pesar de que nadie se atreve a desplegar el plabio?»

La granjería ó compra-venta de los poderes, costumbres de aquellos tiempos, ¿es digna de imitación por ventura? ¿Debemos echar de menos los abusos, tumultos y escándalos que tenían lugar en todo el reino con este motivo y que labraban la completa ruina de las libertades patrias? En tiempos antiguos escribía el bachiller Fernán Gómez de Ciudad-Real:

«Van viniendo los procuradores de las ciudades é villas que Rey mandó ayuntar aquí (Medina del Campo en 1429) é el adelantado Pedro Manrique les unge el cetro, cá para arrancar cincuenta cuartos que se demandan, menester es dar de primero buenos breves».

Fernando del Pulgar, en una carta al Obispo de Coria, se expresa de este modo:

«Los procuradores del reino que fueron llamados tres años há, gastados é cansados ya de andar acatando tiempo, mas por alguna reformation de sus haciendas que por conservación de sus conciencias, otorgaron pedido é monedas (Cortes de Santa

Maria de Nieva en 1474), el cual, bien repartido por caballeros é tiranos que se lo coman, bien se hallará de ciento é tantos cuantos, uno solo que se pueda haber para la despensa del Rey.»

¿Qué independencia podrían tener aquellos representantes de pueblos, cuyos consejos se negaban a pagar las costas y ayudas de costas a que estaban obligados, llegando las cosas hasta el punto de que los Reyes tuviesen necesidad de mandarlos, a petición de las Cortes mismas, que cumpliesen lo estipulado? Esto, suponiendo que sea equivocada la opinión de Sanper y Guarinos de que desde las Cortes de Ocaña de 1422 corrieron los salarios de los procuradores a cargo del tesoro del Rey, lo que también afirma Fernán Pérez de Guzmán. ¿Es digna de imitación, a juicio del Sr. Nocedal, la conducta de los diputados de Zamora en tiempo del emperador Carlos V, los cuales, al llegar a las Cortes de Galicia, faltando al juramento prestado, otorgaron los servicios que el emperador les pedia, mereciendo por ello ser declarados traidores y enemigos de la patria y que sus comitentes les arrastrasen y quemasen en estaca.

No es muy seductora por cierto la armonía que existió entre la representación nacional y la corona, en tiempos tan ensalzados por el Sr. Nocedal, y a los que vuelve continuamente los ojos con amorosa envidia.

Estudiando con algun detenimiento las que podrían llamarse ondulaciones políticas de la época, se encontrará siempre, ó las Cortes invadiendo el poder real cuando es débil, ó humilladas a los pies de un monarca vigoroso ó de un osado valido.

Alivia la representación nacional, arranca en las Cortes de Bribeira de 1387 al rey D. Juan I una ley, que ordenaba al Consejo, a los oidores y altos funcionarios públicos no cumplieren ni obedeciesen disposición alguna que no emanase de las Cortes mismas, y poco tiempo después olvidan los reyes la obligación que esta ley les imponía, cuidándose poco ó nada de guardarla y cumplirla.

D. Alvaro de Luna, verdadero soberano de Castilla durante su privanza, estableció la famosa fórmula de cancelería, que dice: «Como Rey y Soberano Señor así lo establezco, ordeno y mando, y es mi merced y voluntad que vala y sea firme, y estable, y valde, como si fuera instituido y ordenado, fecho y establecido en Cortes.»

«El veleidoso D. Enrique IV, ludibrio de la nobleza y esclavo con el marqués de Villena, abusó de las Cortes de una manera tan desordenada, que nombró procuradores, rogó, importunó, cohechó, amenazó y puso presiones a los que osaban «contradecir su voluntad.» Si la Reina Isabel I no siguió este camino, respetando la conciencia de los procuradores, no tuvo en mucho tampoco la representación de las Cortes, que empezó a anular ostensiblemente el Cardenal Jimenez de Cisneros, y a que dieron el golpe de gracia Carlos V y Felipe II, viniendo a dejar de existir durante los tiempos piadosos del inolvidable Carlos II.

¡Ah! si los nobles y el clero no hubiesen apoyado al Emperador, Soberano extranjero, poco amante de las patrias leyes, y hubiesen unido su esfuerzo y poderío a las comunidades castellanas, España, a semejanza de Inglaterra, disfrutaria hoy de una libertad prudente, encarnada en sus costumbres y con honras ricas en su historia, sin haber tenido que pasar tal vez ni por las vergonzosas hogueras inquisitoriales, ni por los azarosos trances de las revoluciones modernas.

Sea cual fuere la contestación que al Sr. Nocedal le plazca dar a las precedentes observaciones, nosotros tenemos a la mano una respuesta general y a nuestro pobre juicio concluyente, el fondo de la cual nos suministra el Padre Taparelli en su magnífica introducción al *Examen crítico del gobierno representativo*.

Digase lo que se quiera acerca de las antiguas Cortes, lo cierto es que la Iglesia vivía en paz con ellas, como vivía con el Parlamento inglés y con otras instituciones análogas de la Edad media. Ninguna de ellas perfecta, porque todas eran humanas y por hombres llevadas a cabo; pero en todas, mas ó menos vigoroso, según la ocasión, los tiempos y lugares, dominaba idéntico espíritu; el espíritu católico. Las Cortes de Aragón fueron las primeras en pedir que se hiciese extensivo a dicho reino el tribunal del Santo Oficio, recién instituido para Castilla. Las Cortes de Castilla consultaban a los teólogos las peticiones en que creían afectada la conciencia, y al dictamen de los consultores se atenían.

¿Qué es lo que esencial y universalmente distingue a los tiempos antiguos de los modernos? No son las formas de Gobierno; porque estas formas no han cambiado: monarquías puras existían antes como existen ahora: repúblicas había en Europa en mayor número que hoy: gobiernos mixtos ó representativos, aristocracias, etc. En este punto nada se ha inventado.

No son las instituciones políticas: no conocemos tampoco ninguna nueva, ninguna que no traiga su origen, ó no sea mera restauración de instituciones de la Edad media.

No son las libertades: jamás la Iglesia ha combatido ninguna por atrevida que fuese, con tal que llevara el sello de la legitimidad. ¿Qué tuvo que oponer jamás la Iglesia a la *Carta magna* de Juan Sintierra, al Justicia de Aragón, a los fueros vascongados? Ni una palabra. ¿Qué a la doctrina de Santo Tomás y del Padre Suarez acerca de los gobiernos? Nada.

Luego el hecho universal, esencial, que imprime a los pueblos llamados antiguos, después del cristianismo, tan diverso carácter de los tiempos modernos, no es ninguno de los hechos mencionados; ni forma de gobierno, ni institución política, ni libertad legítima. Y sin embargo ese hecho existe, porque no hay efecto sin causa; ese hecho es moral, porque moralmente tiene que obrar para producir tan hondos resultados en la sociedad civil: ese hecho es universal, porque abarca los dos hemisferios y descuellla lo mismo en Europa que en América, lo mismo en el presente que en el pasado siglo, y fulgura en la historia desde que en sus páginas aparece, tanto dentro de los sistemas monárquicos como de los republicanos, en los gobiernos cesáreos como en los representativos.

Existe ese hecho: ¿desde cuándo? No lo diremos nosotros: lo dicen todos los historiadores con maravillosa conformidad, cualquiera que sea la escuela a que pertenezcan. La edad moderna comienza en los tiempos de Lutero; porque la reforma luterana imprime a la sociedad civil un carácter nuevo, un espíritu que antes no tenía: el espíritu de rebelión constante contra la autoridad, el espíritu de protesta, el de libre examen.

Antes de ese tiempo se conocían rebeliones

parciales, pero no espíritu sistemático de rebelión; protestas, mas no escuelas de protestas; invasiones de la razón y del orgullo, no la soberbia de la razón abandonada a sí misma, soberbia convertida en principio fundamental de toda verdad; negaciones parciales, no la negación del principio de toda afirmación religiosa. Este es el hecho.

Ahora bien; ¿qué hay en las antiguas Cortes españolas de Castilla, de Aragón y de Navarra? Hay espíritu de la Edad media; espíritu contrario al espíritu luterano.

¿Qué queremos conservar de nuestras antiguas Cortes? Nada más que ese espíritu de subordinación del Estado a la Iglesia en materias de moral, que es y no puede menos de ser religiosa.

¿Pensais que nosotros vamos a resucitar efímeras antiguallas, por venerables que las haga hoy a nuestros ojos el barniz de los tiempos? No: eso queda para los autores del Estatuto Real.

Para nosotros, el mismo corazón puede latir bajo el ropaje arqueológico del Estamento de Próceres, que bajo el gaban ó *levisac* de Caracul.

Nosotros queremos el espíritu de la Edad media con el gas del siglo XIX; el Catolicismo con el vapor, con los caminos de hierro, con los telégrafos eléctricos; la economía política, pero cristiana; las ciencias, pero subordinadas a la teología, que es la ciencia de las ciencias. Nosotros volvemos los ojos a la Edad media, mas no con el loco intento de renovarla, sino con la pretensión de recoger de aquella edad lo permanente, lo eterno, lo que debe informar a todas las edades, lo que constituye la esencia de la verdadera civilización. Nosotros queremos de las antiguas Cortes el espíritu católico de aquellos antiguos tiempos; nada más.

Y por qué? Porque no se progresa sin obedecer al impulso que hizo progresar a nuestros mayores: no se anda hacia adelante retrocediendo desde el siglo XV a los tiempos del paganismo.

Así, pues, si a nosotros fuese dirigida la pregunta de la *Revista de España* al Sr. Nocedal: ¿cuáles serán los tiempos a que el Sr. Nocedal se refiere en su propósito de permanecer fiel a las constantes tradiciones de nuestra patria y a las costumbres de nuestras antiguas Cortes? responderíamos sin titubear: nos referimos a los tiempos de nuestras antiguas Cortes, desde los Concilios de Toledo hasta el siglo XVI; pero nos referimos al espíritu que las caracteriza, al hecho esencial que las informa, no a los hechos accidentales, y por lo tanto transitorios, exigidos por las circunstancias, ó propios de la miseria de los hombres.

Nosotros sabemos que así como no hay absurdo que no haya sido sustentado por algun filósofo, no hay disparate económico que no haya sido propuesto por nuestras antiguas Cortes: como presumimos que presentar en estos tiempos por modelo las Cortes antiguas en todo lo que no sea restaurar el espíritu que a ellas presidía, es un verdadero anacronismo que puede dar margen a discursos más ó menos ingeniosos, pero que no dará muy alta idea de los hombres de Estado que esta idea prohíen. Nosotros, como decia de lo antiguo el Sr. Aparisi, recibimos aquellas Cortes a beneficio de inventario.

En todo, y mucho más en política, por la relación directa que tiene con la moral, es necesario tener presente la diferencia entre lo temporal y lo eterno.

F. NAVARRO VILLOSLADA.

Los movimientos socialistas no solo se repiten en Bélgica, Inglaterra y Suiza, sino que ya están agitando nuestra península. En los días 12 y 13 del actual, ha habido en Lisboa graves desórdenes, con un marcado carácter socialista, que mucho tiempo há se presentian.

En todo el año actual ha habido muchos tumultos parciales, efecto de la escasez de subsistencias, pero nunca han tenido la importancia que los de estos días. De antemano se habían fijado grandes carteles convocando a los trabajadores, no solo en Lisboa, sino en los pueblos cercanos; y efectivamente, en la mañana del 13 cercaron a circular por las calles de la corte grandes grupos, pidiendo trabajo. Mandaron comisionados a los comercios y casas de banca pidiendo limosna de una manera poco humilde, que hizo apoderarse el miedo de la población y cerrar las tiendas.

Una numerosa comisión se dirigió al ministerio del reino y pidió audiencia al conde de Avila; los comisionados quedaron presos, y al salir entre la Guardia municipal dieron muerte al presidente Avila y a todo el ministerio. Por la noche, al querer disolver los grupos la fuerza armada, se vió acometida a pedradas, y del choque resultaron varios heridos por ambas partes.

Como se ve, no es una manifestación pacífica que hacen los que no tienen que trabajar: las circunstancias del hecho prueban bien claro que era un movimiento socialista. Dispararon cohetes por la noche como en señal, y quisieron los grupos subir a las torres y tocar a rebato: pero lo que no da lugar a dudas es, que muchos trabajadores del arsenal habían dejado de ir a aquel establecimiento, donde tenían trabajo, y se encontraban entre los grupos que daban voces pidiéndolo.

No faltan periódicos que atribuyen estos movimientos a los manejos de la revolución, que en Portugal como en todas partes no descansa. Dias antes de los sucesos ocurridos, se habían repartido proclamas con el objeto de sublevar la tropa, que, felizmente, ha permanecido fiel. Hoy el orden está restablecido, pero el es-

tado general del reino no tiene nada de satisfactorio.

No vamos a inquirir las causas de este estado; vamos únicamente a transcribir lo que dice sobre el particular un periódico portugués:

«¿Qué puede esperar el país del actual orden de cosas? ¿Qué puede ya esperar el pueblo del dominio revolucionario, sino la permanencia de las mismas prodigalidades, de los mismos desbarates, de las mismas disipaciones, de los mismos vejámenes, de las mismas violencias, de las mismas decepciones, de los mismos ludibrios que debe a la misma revolución?»

¿Qué puede ya esperar el pueblo de cualquiera de las fracciones revolucionarias, sino el aumento de la deuda, el aumento de la contribución, el aumento del déficit, el aumento de la miseria pública, el aumento de los obstáculos al progreso de la agricultura, del arte y de la industria nacionales, el aumento de la inmoralidad y de la indiferencia religiosa, el aumento de todos los males imaginables?

De esperar es que la situación del vecino reino mejore. Cuando el pueblo conoce lo que le conviene, no hay por qué temer; pero cuando el pueblo, deslumbrado por ciertas doctrinas, busca un bien que es una quimera, camina derecho a la anarquía y al socialismo. La indiferencia religiosa, de que habla el periódico citado, es el síntoma más grave de los males que afligen a las sociedades modernas.

Una carta de Roma que publica el *Univers* dice que el Padre Santo entró el Sábado Santo en uno de los inmensos salones del Vaticano, donde le esperaba una multitud, ansiosa de recibir su bendición. Al dirigirse al trono, que le estaba dispuesto en un extremo del salón, Pío IX encontró una niña de tres ó cuatro años vestida de blanco, y tomándola de la mano, la subió al trono y la puso a su lado.

La madre de la niña estaba llorando de rodillas, y todos los circunstantes profundamente conmovidos. Pío IX y la niña parecían dos puntos luminosos, destacándose en el fondo carmesí, por cima de tantos trajes y uniformes de colores distintos. La majestad dulce y serena del Papa asombraba a todos.

Pío IX habló, como siempre, con afabilidad y elocuencia; les recomendó la unión tan necesaria en estos tiempos, en que hay tantos hipócritas y traidores, tantos Judas, y tantos Pilatos y tantos Caifás... «Por otra parte, añadió, yo doy gracias a Dios cuando veo a Francia, España, Holanda y Bélgica, Inglaterra, Italia, Europa, en fin, y las Américas y el mundo entero llenos de hombres que vuelven a la unión. Estos hombres sienten más y más que la unión es la fuerza.»

El Papa entonces levantó la voz, y dijo muy conmovido:

«¡Oh! cuántas veces he levantado las manos a Dios pidiéndole esta unión, de que hay tanta necesidad en este mundo fatigado por tantos errores!»

Después ha recordado el ejemplo de Jesucristo, que tanto reclamaba la unión a sus Apóstoles, y que decia a todos: «Venid, yo os aliviaré; yo solo puedo instruirlos, establecerlos en la unión, y mostraros el camino de la justicia y de la verdad.»

Jesús decia esto, continuó el Papa, y yo que soy su Vicario, aunque indigno, os digo lo mismo. Cuando el error parece cubrir la tierra, cuando el infierno se desencadena contra los buenos, cuando el mundo está cansado, es necesario volver a la Santa Sede, que es el centro de la unidad: no hay otro.»

El Papa llama a la Unión a los católicos, a los protestantes, a los cismáticos. «Volvamos todos a Dios: no tengamos mas que un Dios, una fe, un bautismo.»

Finalmente, Pío IX les dirigió palabras de consuelo y de amor, y con voz profundamente conmovida bendijo a la muchedumbre arrodillada, que exclamó al levantarse: ¡Viva Pío IX! ¡Viva el Papa rey!»

Hemos visto en un artículo bibliográfico de *Las Provincias*, periódico de Valencia, recomendada con calor la casa editorial del Sr. Manero de Barcelona, por haber publicado obras tan importantes como estas: *La Humanidad y sus progresos* y la *Historia de los crímenes del despotismo* por el Sr. Torres de Castilla; la primera, prohibida por muchos Prelados españoles, y la segunda digna de ser reprobada por los hombres de ciencia a causa de las calumnias con que se infama a instituciones y personajes históricos respetables.

A esto puede agregarse la publicación de algunas novelas de Paul y Enrique de Kock, que no se distinguen seguramente por su moralidad y «decencia. Son, sin embargo, preferibles a las obras del Sr. Torres de Castilla.

Semejantes publicaciones nos obligan a cumplir con el imprescindible y doloroso deber de protestar enérgicamente contra la recomendación de *Las Provincias*, y de advertir a los padres de familia que miren con suma prevención las obras que dá a luz la casa editorial del Sr. Manero de Barcelona.

Sentimos con toda el alma vernos en el caso de cumplir con esta obligación que desde el primer momento de su vida se impuso EL PENSAMIENTO ESPAÑOL; mas así lo requieren los sagrados fueros de la verdad y de la moralidad, y no hay consideración personal ni de intereses que ponga obstáculo a nuestra pluma.

Por nada del mundo haríamos traición a nuestro lema: *amicus Plato, sed magis amica veritas*.

¿Qué picardía la de *El Universal*! Para defender la libertad del error echa hoy mano de Cis-

neros y de Santa Teresa de Jesús, saca luego a relucir a Santo Tomás de Aquino, y para que nada falte se agarra a los falldones del diputado Gallego en las Cortes de Cádiz. Con esta mezcla de autoridades embiste contra los neos, reparte tajos y mandobles a manera de Don Quijote, contra cueros de vino creyéndolos gigantes, y luego de fatigado y rendido se queda lleno de satisfacción y ébrio de gozo, como quien acaba de dar cima a la más terrible faena que vieron los nacidos.

¡Pobrecito *Unversall*! ¿Por dónde, el desprecio que de sí misma mostraba Santa Teresa juzgando que las murmuraciones antes le hacían bien que mal, es prueba de que el error debe ser libre y tolerado, según Santa Teresa? ¿Por dónde, las calumnias y los libelos que no alteraban la mansedumbre y caridad del insigne Cisneros tienen derecho a ser tolerados y libres como el bien y la verdad? ¿Y qué tiene que ver que el error de la astrología diara por fruto la verdad astronómica, y el error de la alquimia la verdad química para deducir de aquí que el error debe ser libre? Pues ¿y fundarse en esto para decir que el error no es siempre un mal como nosotros sostenemos? ¿No es pura necedad ó incomprensible ignorancia ó evidente mala fe?

Tratándose, como tratamos nosotros siempre, del error religioso que nunca debe ser tolerado, ¿qué trae *El Universal* a colación los errores de la alquimia y de la astrología? ¿A qué fin viene hablar de la humildad de Santa Teresa y de Cisneros, que sabían perdonar las injurias y compadecer a los murmuradores, al mismo tiempo que no toleraban a los herejes y detestaban con todo corazón las herejías?

Demás que las palabras que cita del doceañista Gallego son un argumento *contraproducente*. Hélas aquí:

«Porque un hombre puede salir de casa y cometer un robo, ¿pensase jamás en proponer que se encierre y vigile a todo el mundo? La ley deja que cada cual sea su propio árbitro, y conociendo la pena con que se castiga al reo, harto evitamos cometer el crimen.»

Esto decia Gallego para defender la libertad de imprenta. Nosotros no haremos más que alterar el orden de las palabras para que se vea que en sí encierran una censura contra esa misma libertad del error. Véase si no: porque no se encierre y vigile a todo el mundo, ¿pensase jamás en proponer que se supriman las leyes penales contra los ladrones y asesinos y se les deje en completa libertad? La ley no ata las manos a todos los hombres, pero previene y reprime el mal en todas sus fases para que no altere el orden.

Luego el error no debe ser libre; luego el mal debe ser perseguido y aniquilado.

¡Parece imposible que tengamos que defender verdades tan sencillas y triviales contra los ataques del filosofismo progresista!

El Imparcial copia las primeras palabras de nuestra carta de Aguas-Buenas de ayer, que dicen así:

«Luce la luz en las tinieblas, y las tinieblas no comprenden la luz. Es que las luces mundanas no se avienen con la luz que desde el cielo ha venido a la tierra para iluminarla.»

El Imparcial dice que parecen escritas por algun dependiente de la fábrica del gas.

¡Ha leído *El Imparcial* el Evangelio de San Juan que empieza: *In principio erat Verbum*.... etcétera?

La Política no espera nada del futuro discurso del Sr. Barzanallana en el Senado sobre los presupuestos, porque no cree que el ex-ministro de Hacienda se atreva a proclamar clara, explícita y rotundamente la necesidad de las reformas económicas.

¿Qué importa, dice *La Política*, que S. S. haya meditado profundamente acerca de las grandes reformas que es preciso hacer, si luego pide la palabra, insinúa, indica, pero no espresa terminantemente su parecer?

«No es así, añade, como se adopta una actitud especial y se contrae un compromiso solemne y se inicia una escuela, y se levanta una bandera, y se dá un primer paso para salir del vulgo de los hombres públicos adocenados.»

Ni así, ni de la otra manera. ¿A qué se reducen todas las grandes reformas económicas que pide *La Política* y que ha insinuado el señor marqués de Barzanallana? A poner mano en el presupuesto eclesiástico; ni más, ni menos. ¿Y a esto se llama *iniciar escuela, levantar bandera y salir del vulgo de los hombres públicos*? ¿Qué tontería!

Harto se conoce que *La Política* pertenece a esa escuela que nos ha dado unos cuantos Colbert que despavilaron diez y siete mil millones en cinco años, y un Necker que encalló en el Banco inglés.

Hoy ya no encuentra más recurso que ir sacando girones a las sotanas.

Los revolucionarios son los primeros en profanar la religión con el perverso intento de hacerla servir contra la religión misma.

¿Qué extraño es, por consiguiente, que se hayan aprovechado los revolucionarios de la supresión de algunos días de fiesta, hecha de acuerdo con la Santa Sede, para promover desórdenes, por fortuna rápidamente reprimidos en Cataluña?

Estos desórdenes, como decia ayer *La España*, obedecen al impulso de las sociedades secretas.

Si esta verdad no fuese de sentido comun, nos la haria palpable el hecho de la simultaneidad de acontecimientos de la misma índole en Portugal, Inglaterra, Génova, Suiza y Rusia.

Los acontecimientos podrán tomar diferente colorido local; pero el fondo de ellos es el mismo.

